

TEÓFANES EGIDO

# MARTÍN LUTERO

UNA MIRADA DESDE LA HISTORIA,  
UN PASEO POR SUS ESCRITOS

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2017

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2017  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1971-4  
Depósito legal: S. 241-2017  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

## LUTERO, UNA MIRADA DESDE LA HISTORIA

<i>Introducción. Ambiente histórico: miedos, seguridades y solidaridad</i> .....	11
1. Las <i>Noventa y cinco tesis</i> centenarias (y otros escritos) sobre las indulgencias .....	19
2. Lutero, convertido en hereje .....	25
3. «Pablo, mi puerta del cielo», y «san Agustín, su más fiel intérprete» .....	33
4. Los libros y la propaganda .....	45
5. Un púlpito sonoro: la Dieta imperial de Worms ....	53
6. La soledad fecunda .....	65
7. Ordenación de la vida religiosa: la liturgia y la enseñanza .....	75
8. Contra las prácticas económicas nuevas .....	81
9. La mentalidad social: «la guerra de los campesinos» .....	87
10. Ruptura con el Humanismo de Erasmo .....	97
11. Después de 1525 .....	109
12. Los judíos y el papado «diabólico» .....	115
13. La Biblia de Lutero .....	121
<i>Colofón. La espiritualidad de Lutero</i> .....	125

LUTERO, UN PASEO  
POR SUS ESCRITOS

1. Lutero íntimo: «Charlas de sobremesa» .....	137
2. Lutero pedagogo: «A los magistrados de todas las ciudades alemanas, para que construyan y mantengan escuelas cristianas» .....	189
3. Lutero traductor: «Misiva sobre el arte de traducir»	219
4. Lutero espiritual: «La libertad del cristiano» .....	239

INTRODUCCIÓN

AMBIENTE HISTÓRICO:  
MIEDOS, SEGURIDADES Y SOLIDARIDAD

Tal vez no exista otro acontecimiento más trascendental en la vida de la Iglesia moderna que el comienzo del protestantismo. Y pocos gestos se han referido una y otra vez con tanto simbolismo como el de Lutero al clavar el pergamino de las tesis contra las indulgencias en las puertas de la iglesia del castillo ducal de Wittenberg el día 31 de octubre de 1517.

El libro que aquí se inicia quiere ofrecer una mirada desde la historia. Se fijará, por tanto, en la realidad y en el simbolismo de las *Noventa y cinco tesis*, así como en sus consecuencias, inesperadas para unos y para otros, incluido el propio fray Martín Lutero, y que abocaron a la «tragedia» (como decía algún humanista cualificado) de la ruptura de la Cristiandad.

Por fortuna, si no del todo, sí en buena parte, se van superando visiones anacrónicas llenas de ideología o de apasionamiento sobre Lutero y su empeño, tan propicios ambos para ser secuestrados. Es lo que sucedió con la psichistoria, que se cebó desde la primera parte del siglo XX en un «caso» que daba pie a todas las versiones morbosas imaginables. O con ideologías como la marxista, que lo mismo le hacían personificador del poder feudal y represor

de las clases populares (como sucedió en 1975, cuando en la antigua República Democrática de Alemania se celebró el 450 aniversario de la «revolución de los campesinos» encabezada por Thomas Müntzer), que lo convertían en el eslabón propicio de la primitiva revolución burguesa (cuando hubo que estudiar –y se hizo a veces envidiablemente– a Lutero en el quinto centenario de su nacimiento allá por 1983).

La mirada ahistórica que ha prevalecido es, no cabe duda, la antañona confesional. Ya desde el principio se forjó la «católica», que al poco de morir Lutero moduló el apasionado (¡quién no lo era entonces!) Juan Cocleo. Según este controversista católico, Lutero se convertía en sentina de todas las corrupciones: era un fraile rebelde, libidinoso, obsesionado por dar cauce a instintos que sólo podían satisfacerse rompiendo con Roma y casando con una monja, y obligando a otros a hacerlo, y, por fin, creando una iglesia fabricada a la horma de su soberbia.

Esta visión se correspondía a su vez con la antagónica, y también perdurable, de las confesiones protestantes: Lutero y su evangelio fueron los purificadores de tanta corrupción como había arraigado en la Iglesia de aquel tiempo.

Ambos clichés, que no se correspondían con las ideas y las convicciones de Lutero, sin duda han perdurado. Repetía él que la suya no era una reforma de abusos, o sea, moral, sino algo más profundo, tal y como aparece en alguna de las *Charlas de sobremesa* que se ofrecen en la segunda parte de esta obra: «Hay que distinguir muy bien entre la doctrina y la vida. Nosotros vivimos mal, como mal viven los papistas. No luchamos contra los papistas a causa de la vida, sino de la doctrina. Hus y Wyclif no se dieron cuenta de esto, y sólo atacaron la conducta de los papistas.

Personalmente no digo nada particular sobre su forma de vivir, sino sobre la doctrina. Mi quehacer, mi combate, se centra en saber si los contrincantes transmiten la doctrina verdadera. Los demás han fustigado sólo la conducta, pero cuando se ataca la doctrina es cuando se agarra al ganso por el pescuezo... Todo radica en la palabra; en esa palabra que el Papa nos ha robado, falseado y embadurnado para trasmitirla desfigurada a la Iglesia».

Ya hace tiempo que los historiadores –al menos desde uno de los padres de la historia de las mentalidades, Lucien Febvre, allá por los años treinta del siglo XX– se dieron cuenta de que todo era más complejo y a la vez, aunque parezca paradójico, más sencillo. Las sociedades de entonces, bajomedievales y modernas, pueden caracterizarse como sociedades «sacralizadas», con universos mentales y preocupaciones muy diferentes a los que se fueron imponiendo a medida que, desde más o menos la Ilustración, se fue caminando hacia sociedades «secularizadas», con otros valores más terrenos como, por ejemplo, el bienestar que los ilustrados llamaban «felicidad». Hasta entonces, el valor dominante, el negocio que más importaba (el único que en definitiva importaba), era el de la salvación, y a asegurarla se ordenaba toda la existencia.

En efecto, en los tiempos de aquellas sociedades «sacralizadas» no había fronteras entre lo natural y lo sobrenatural; la tierra convivía con el cielo, con el purgatorio, con el infierno, y los habitantes de este mundo eran los objetivos de la guerra permanente entre el señor del cielo y el del infierno. Operaban estos monarcas con sus ejércitos, con sus ángeles y con sus demonios, que tanta presencia tienen en la vida y en los escritos de Lutero. No conviene olvidar que en aquellos universos mentales, la población

no lo era sólo de los humanos: el mundo estaba habitado también por esos seres sobrenaturales y familiares, enemigos o defensores.

Asimismo, la historia demográfica ha desvelado las fragilidades de la vida, amenazada por tantos peligros desde el nacer, ya de por sí peligroso, con la elevada mortalidad infantil, con las epidemias, con las pestes periódicas segadoras de vidas, con las crisis de subsistencia, con la muerte familiar a la vuelta de la esquina. La historia de la medicina galénica, con sus purgas y sangrías, explica la impotencia ante la enfermedad. No resulta, pues, extraño que la sociedad estuviera cercada de miedos, y lo es menos que más que la muerte importara la forma de morir, y para eso estaban los *Artes moriendi* (el propio Lutero regaló alguno de estos manuales consolatorios).

Se conoce bien la historia de los miedos en el Occidente de antaño. No se conoce, sin embargo, con tanta claridad la otra historia, la de las seguridades que se habían ido fabricando. Puede decirse que no había trance, desde el nacer (e incluso desde antes del nacer) hasta el morir (y hasta más allá de la muerte, como se verá), que estuviera desprotegido. Y no por médicos de acá ni por remedios de la tierra, sino por los médicos y medicinas del cielo. Y era tan abigarrado y completo este cuadro médico celestial de especialistas, bien conocido por los pacientes, que según los críticos, había oscurecido, cuando no anulado, la presencia de Cristo.

Alguna de estas críticas, abundantes entre humanistas y reformadores, nos permiten imaginar aquel mundo devocional. Se quejaba Erasmo en su *Elogio de la locura*: «Hay quienes profesan la necia pero grata persuasión de que si miran una talla o una pintura de san Cristóbal, esa espe-



cie de Polifemo, ya no morirán aquel día; o que si saludan con determinadas palabras a una imagen de santa Bárbara volverán ilesos de la guerra; o que si visitan a san Erasmo en ciertas fechas, con ciertos cirios y ciertas oracioncillas, se verán ricos en breve. De igual manera, en san Jorge han encontrado a otro Hércules, y lo propio han hecho con san Hipólito, cuyo caballo llegan casi a adorar. A lo mismo corresponde el que cada región reivindique algún santo peculiar y que cada uno posea cierta singularidad y se le tribute culto especial, de suerte que este auxilia en el dolor de muelas, aquel socorre diestro a las parturientas, ese restituye las cosas robadas, el otro socorre benigno en los naufragios, otro más preserva a los ganados, y así sucesivamente, pues detallarlos todos sería tediosísimo. Los hay que valen para varias cosas, sobre todo la Virgen Madre de Dios, a la que el vulgo tiene casi más veneración que a su hijo».

Sin embargo, la devoción popular, y no sólo la popular, desoía las voces de las elites. Santa Teresa de Jesús (que no se explica uno cómo pudo sobrevivir a los «remedios» que la aplicaron en su gravísima enfermedad de juventud) describió de forma magistral la realidad del fracaso de la medicina y las bondades del recurso a los terapeutas celestiales, si bien con su genial hallazgo del según ella mejor de los médicos (y sus palabras están en los orígenes de la devoción a san José). Dice en el capítulo sexto del libro de su *Vida*: «Pues, como me vi tan tullida y en tan poca edad y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen. Y tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendeme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo,

hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que, así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere; y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción», etc., etc.

La salvación que más importaba (que obsesionaba, diríase hoy en lenguaje secular) era la eterna. De ahí el denuesto connaturalizado por conseguirla, asegurando el perdón (la justificación, diría Lutero) del pecado en esta vida, y como la piedad era profundamente solidaria, aplicando todos los sufragios posibles por los difuntos para aliviar sus penas y ayudarlos a salir cuanto antes del fuego del purgatorio. La forma más eficaz de conseguirlo eran las indulgencias, las cuales se adquirían, «ganaban» o compraban, y en cuya complejidad no es posible detenerse en breves líneas. Baste con decir que una de las formas más socorridas de «ganarlas» era la peregrinación a lugares privilegiados, con reliquias enriquecidas con auténticos tesoros de indulgencias para sus veneradores. No es cuestión de mencionar a Roma, a Santiago u otros polos de atracción masiva. Precisamente en Wittenberg, el duque Federico «el Sabio», señor y protector de Lutero, había reunido una de las colecciones opulentas en su iglesia, en cuyas puertas

se diría que fueron clavadas las *Noventa y cinco tesis*. Se veneraban allí 17 443 reliquias (algunas tan inverosímiles como la de un carbón del horno de fuego de los jóvenes de Babilonia), agraciadas con 127 799 años y 116 días de indulgencias. No es posible resistir la tentación de recordar que, por los mismos años, a no muchas leguas, en Halle, el arzobispo Alberto de Maguncia, tan decisivo en la ruptura, poseía y daba a venerar 8133 reliquias, no menos inverosímiles pero más ricas que las de Wittenberg, pues amén de ser más «insignes» (cuerpos íntegros de bienaventurados), atesoraban en conjunto nada menos que 39 245 120 años y 120 días de indulgencias.

Todo este complejo de las indulgencias, y más en concreto las exageraciones de sus predicadores, así como los abusos de gestores, banqueros concesionarios, comisarios que componían el cortejo brillante y abigarrado de la oferta indulgenciaria, fue lo que ocasionó la protesta de Lutero. Y todo ello debe ser tenido en cuenta si queremos explicarnos la trascendencia que tuvo el lanzamiento de las tesis sonoras de Lutero en 1517 y que se ve y se celebra como el nacimiento de la Reforma.